

# **La cuestión del otro: De la identidad peronista a la dictadura militar. Un análisis de las obras de Soriano.**

Cané Pastorutti, Mariana; González, Felipe; Schteingart, Daniel.

Cita:

Cané Pastorutti, Mariana; González, Felipe; Schteingart, Daniel. (2007). *La cuestión del otro: De la identidad peronista a la dictadura militar. Un análisis de las obras de Soriano. VII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-106/329>

La cuestión del otro: De la identidad peronista a la dictadura militar. Un análisis de las obras de Soriano.

Cané Pastorutti, Mariana; González, Felipe; Schteingart, Daniel.

Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

[marcane@fibertel.com.ar](mailto:marcane@fibertel.com.ar)

[felipegonz@gmail.com](mailto:felipegonz@gmail.com)

[danyscht@hotmail.com](mailto:danyscht@hotmail.com)

## INTRODUCCIÓN

En “*Dialéctica de la ilustración*” Max Horkheimer y Theodor Adorno sostienen que toda reificación es olvido. La reificación consiste en un proceso de osificación y de cosificación que detiene los procesos en un estado estático eliminando todo movimiento pretérito, sus raíces y su génesis, haciendo pasar su estado presente y actual como natural e inevitable y no como un momento estático del proceso (Horkheimer, M. y Adorno, T.:1997). En el artículo “*Política, ideología y figuración literaria*”, Beatriz Sarlo recupera esta idea y sostiene que, en el marco de represión internalizada que impuso el Proceso de Reorganización Nacional (1976-1983), a través de un olvido selectivo de determinados elementos, “la reconstrucción de lo vivido se presentó como modalidad básica de un proceso de comprensión que hiciera posible reconstruir el pasado y su experiencia” (Balderston, D., Foster. D., Halperin Donghi, T., Masiello, F., Morillo-Frosch, M. y Sarlo, B, 1987: 32-33). En particular, este olvido (o más bien, negación) de los antecedentes histórico-políticos del Proceso de Reorganización Nacional (PRN) es aún más intenso en relación a la pugna que se da en el seno del peronismo, una vez consumado el retorno de Perón al país en 1973. Lo que en 1975 era prácticamente el tema hegemónico en la discusión política del país, en 1977 no sólo parecen no haber quedado rastros, sino que pareciera no haber ocurrido nunca. De hecho, el corte es tan abrupto, que en los diarios de 1976 anteriores al 24 de marzo la presencia del peronismo, sus agentes y discursos, tienen una presencia fuerte (sin bien menor a la de 1975) pero luego del golpe desciende significativamente<sup>1</sup>. Este hecho fue el disparador de nuestro trabajo: ¿qué sucede en esos años previos en esa interna peronista? ¿Qué discursos son los que (re)definen esa identidad peronista? ¿Cómo se parte de los binomios pueblo/oligarquía o peronistas/antiperonistas para llegar a patriotas/comunistas apátridas? ¿Qué sujetos son los que producen y reciben ese discurso?

En el intento de reconstrucción de este pasado, la apuesta de Osvaldo Soriano es particular. Las agrupaciones de derechos humanos intentaron aportar a dicha reconstrucción pero dejaron de lado (porque la naturaleza y el contenido de su tarea así lo requería) el uso de la violencia política de las organizaciones político-militares de los años ´60 y ´70 (Balderston, D., Foster. D., Halperin Donghi, T., Masiello, F., Morillo-Frosch, M. y Sarlo, B, 1987: 32). En este contexto, se publican entre 1983 y 1985, en Argentina, las obras de Soriano *No*

*habrá más penas ni olvido* (escrita en 1974) y *Cuarteles de invierno* (escrita entre 1977 y 1979). Es interesante cómo en estas novelas, Soriano recupera la cuestión del uso de la violencia como herramienta política como componente fundamental para comprender los albores de la dictadura militar.

De esta manera, nuestro objetivo será analizar las novelas *No habrá más penas ni olvido* y *Cuarteles de Invierno*, desde varias temáticas: el misterio de la Argentina (que podría responderse, al menos en ese momento histórico, desde la pregunta ¿qué es el peronismo?); la cuestión del Otro (desde el punto de vista de la exclusión, la intolerancia y, por ende, la definición de los límites del Nosotros-Ellos), y la consiguiente utilización de la violencia como respuesta; el uso de la ficción para narrar lo real, con las implicancias que ello conlleva.

Por otro lado, tomamos estas dos novelas pues creemos que ilustran, a su manera, dos momentos distintos: la primera se sitúa en la época previa al golpe de Estado del '76, donde se agudiza la polarización dentro del peronismo; dicho período puede pensarse como el “huevo de la serpiente” del segundo momento a estudiar, es decir, el Proceso de Reorganización Nacional (PRN), ilustrado por la segunda novela. Desde esta perspectiva, intentaremos distinguir continuidades y rupturas entre las obras citadas y las temáticas que se desarrollan en cada una de ellas, contextualizándolas en cada momento histórico.

En concreto, en *No habrá más penas ni olvido*, abordaremos la problemática del Ausente (Perón); la definición de identidad peronista y su relación con la cuestión del Otro (¿quién es un “verdadero” peronista?), problemáticas representadas por la contienda entre las figuras del delegado Ignacio y quienes lo apoyan (Juan, García, Cerviño, la juventud, etc.) y las de intendente, Suprino, Rossi, etc. y sus discursos deslegitimantes; el correlato de esa definición en la del “misterio de la Argentina”; la presencia del Ejército como permanente espada de Damocles (y eventual solución) por encima de las acciones de los que se oponen a Ignacio; el papel de los supuestos “civiles”; la forma de narración y su relación con la temática de la historia. Este texto se ha tomado porque, aunque no refiera tan directamente a la dictadura del '76, podemos pensar el peronismo (y, sobre todo, la polarización interna del movimiento en la época previa a la misma –no olvidar que este texto se escribe en 1974) como el antecedente inmediato de dicho suceso. Por otro lado, es importante recordar que uno de los objetivos del Proceso de Reorganización Nacional fue, a grandes rasgos, borrar del imaginario social todo rastro del peronismo en cualquiera de sus facetas, deshistorizando sus propios orígenes y eliminando todo su carácter político, presentándose a sí mismo como solución de un problema puramente militar de orden social solucionable mediante vías técnico-militares.

En el caso de *Cuarteles de invierno*, algunos ejes propuestos son: el “sueño de exterminio” (Giorgi, G. 2004) del Otro, principalmente en la figura de Galván, pero también en la figura de Rocha, y las formas en que ese exterminio se presenta en el relato y la cotidianeidad de los personajes; la delimitación del Otro (quién es considerado parte de la categoría “Otro” y quién no) y la relación con el concepto de “enemigo interno”; el papel de la histórica dicotomía pueblo del interior/capital en la cuestión del Otro; continuidades y rupturas entre esta

historia y la de *No habrá más penas ni olvido* y las técnicas de esta ficción como herramienta para narrar el horror; la ingenuidad de creer en la transparencia de la contienda de box y en la formal igualdad de condiciones y, por último, el espectáculo –deportivo o artístico- como medio, utilizado por el gobierno militar, para “distraer” la atención de buena parte de la sociedad civil respecto de lo que estaba ocurriendo.

## **MARCO HISTÓRICO: LA POLARIZACIÓN DEL PERONISMO Y LA GESTACIÓN DEL GOLPE DE 1976**

Antes de proseguir con el análisis de las novelas, consideramos necesario repasar algunos de los hechos más relevantes que se desarrollaron posteriormente a la caída de Perón en 1955 y que contribuyeron al proceso de radicalización que alcanzó a ciertos grupos de activistas peronistas y de jóvenes que no sólo se radicalizaron sino que también se “peronizaron”. Para comprender un poco más dicho proceso, expondremos algunos de los argumentos de Gillespie (1987) al respecto.

El primer factor a analizar es la declinación general del nivel de vida en el país después de 1955. Las crisis económicas, aunque reiteradas, fueron intermitentes. Esta característica determinó, en cierta forma, la trayectoria irregular que mostraron tanto la clase obrera como la izquierda peronista. El hecho de que la clase obrera no alcanzara un grado mayor de radicalización durante ese período se debió también a lo que Gillespie denomina “economicismo”. Es decir, la clase obrera poseía criterios para la acción (y el pensamiento también) más ligados a cuestiones meramente sindicales y económicas (como podría ser la lucha por un aumento salarial) que a la lucha contra el capitalismo, que alentaban sectores socialistas/comunistas. Pero ambos factores no están disociados, puesto que dicho economicismo estaba determinado, en parte, por el hecho de que la decadencia económica no era constante, dejando abierta así, una esperanza de mejora definitiva, sin tener que acudir a cambios más estructurales como los que proponía el socialismo.

Otro factor que colaboró con este proceso de radicalización, fue la decepción que supuso el gobierno de Frondizi para muchos de los integrantes del movimiento peronista. Frondizi incumplió con muchas de las promesas que le habían asegurado el apoyo peronista para las elecciones del '58 (como la normalización de la CGT y la legalización del Partido Peronista), generando una importante resistencia por parte del movimiento sindical. La respuesta del gobierno fue la implantación del plan CONINTES en marzo de 1960 (Conmoción Interna del Estado), que implicó, entre otras cosas, detenciones de sindicales e intervenciones de sindicatos. Cuando la insistencia peronista que abogaba por la legalización de su partido se hizo intolerable para el gobierno, éste decidió autorizarlos a competir en 1962 para las elecciones para gobernadores provinciales, las cuales evidentemente ganaron, llevando así a los militares a anular sus resultados y a deponer a Frondizi. Muchos activistas del movimiento consideraron en ese momento que la única salida viable para defender su postura era la acción directa.

La década del sesenta presenció la conformación dentro del movimiento peronista de una fuerte burocracia sindical, relacionada al sindicalista Augusto

T. Vandor, que parecía, cada vez más, escindirse de la línea sostenida por Perón durante su exilio. La respuesta de los descontentos no tardó en llegar: entre 1965 y 1966 se consolidó el nucleamiento sindicalista “62 organizaciones de Pie junto a Perón” de la mano de José Alonso, opuesto a las 62 Organizaciones, liderada por Vandor. Paralelamente, la creciente burocratización generó una fuerte oposición por parte de algunos grupos de militantes jóvenes que veían en la lucha sindical una traba para la realización de sus objetivos relacionados a la lucha de clases.

Finalmente, el otro gran factor influyente para la conformación del sector más izquierdista del movimiento fue la Revolución Cubana, que hizo sentir su impacto en toda América Latina. A pesar del fuerte anticomunismo del peronismo (que condicionó la imagen que tuvo dicho movimiento respecto de la revolución), algunas figuras importantes, como John William Cooke, intentaron reconciliar el “fidelismo” con el peronismo y la liberación nacional con la revolución social. Posteriormente, el guevarismo será una fuente de influencia de varias agrupaciones político-militares, como ser el caso del PRT-ERP. Ahora bien, el crecimiento de la izquierda en el peronismo no podría haberse dado sin un cierto apoyo del propio Perón. Sin embargo, este soporte sólo existió durante los primeros momentos de las tendencias peronistas más radicales; con el tiempo, se fue diluyendo hasta volverse prácticamente inexistente. Lo que parecía ser una conversión al socialismo por parte de Perón (que él mismo definiría como “actualización” de los conceptos justicialistas) terminó evidenciándose como una “juiciosa política destinada a adquirir el más amplio apoyo político y social al amparo de los estandartes de la liberación nacional” (Gillespie; 1987). Ahora bien, el objetivo de este tipo de estrategia llevada a cabo por Perón durante estos años (que podríamos decir que fue más bien la regla y no la excepción del accionar de Perón) no sólo tenía como objetivo la “restauración peronista”, sino que también se proponía demostrar a Vandor (y, mientras, a cualquier otro sector/figura que quisiera pensar lo contrario) que sin él no era nada.

El proceso de radicalización que se produjo en las décadas del 60/70 dejó como saldo dos tendencias de izquierda: una más revolucionaria que terminó viendo en la estrategia peronista un mero oportunismo burgués, y un sector intrínsecamente relacionado al peronismo, que veía en la figura del General a un verdadero revolucionario. Ésta última tendencia, compuesta principalmente por sectores de clase media, declaraba que sus metas eran el socialismo como resultado de la revolución social y la soberanía nacional.

Para fines de la década del sesenta y a principios de los setenta se profundizó el antagonismo entre las tendencias de izquierda (la Tendencia Revolucionaria, compuesta por Montoneros y una serie de organizaciones de masas organizadas por ellos mismos, como la Juventud Universitaria Peronista, la Juventud de Trabajadores Peronistas, etc.) y derecha del movimiento peronista. Mientras tanto, la Juventud Peronista ganaba protagonismo y ciertos sectores de esa izquierda se lanzaban a campañas de la guerrilla urbana. (Gillespie; 1987).<sup>2</sup>

Las políticas económicas, sociales y políticas de la dictadura militar iniciada en 1966 no habían hecho más que aumentar el descontento de la opinión pública.

A la vez, creció la actividad de las organizaciones guerrilleras, desestabilizando aún más el sistema político. En el transcurso de la Revolución Argentina se había podido comprobar que era imposible gobernar sin legitimidad y sin el consenso de las masas populares. Para asegurar que la retirada del Ejército y que el retorno de la actividad de los partidos políticos -en medio de una creciente conflictividad política, en la cual las organizaciones guerrilleras tanto nacionalistas como marxistas tenían un rol importante-, se efectuara en las mejores condiciones, el gobierno militar de Lanusse intentó subordinar el llamado a elecciones a la concreción previa de un Gran Acuerdo Nacional (GAN) de todos los partidos políticos avalados por las FFAA. El plan de Lanusse consistía en una transición ordenada que garantizase la estabilidad de las instituciones y en el cual el mismo Lanusse se presentaría a elecciones. Sin embargo, fracasaría dada la agitación generalizada contra el régimen, la negativa de Perón -exiliado en la España franquista- a negociar oficialmente con el gobierno las condiciones de la transición y la disconformidad de la facción más antiliberal del Ejército (Rapoport; 2005). Mientras tanto, seguía creciendo la protesta de los sectores medios y de los obreros y las acciones guerrilleras adquirieron mayor espectacularidad. Dado que la intensificación de la represión por parte del gobierno militar no había hecho más que aumentar el descontento popular, poco a poco los militares y los grupos económicos dominantes fueron entendiendo que sólo Perón podría encauzar la rebelión popular y calmar los ánimos. Así, el regreso del viejo líder pasó a considerarse como la mejor alternativa para salvar al país del desorden social.

Ante el repliegue de las FFAA, carentes de cohesión suficiente para interrumpir el proceso electoral, se llevan a cabo las elecciones de marzo de 1973, donde gana el justicialista Cámpora. Sin embargo, la asunción de Cámpora no pudo frenar la agudización de los conflictos internos del peronismo: los sectores revolucionarios, fundamentales protagonistas de la campaña electoral, intentaron dirimir su controversia con la desplazada burocracia sindical mediante violentos enfrentamientos. La Juventud Peronista logró que Cámpora, sin la previa aprobación del Congreso decretara la amnistía para todos los presos políticos, incluidos los miembros de las organizaciones armadas, lo cual provocó un fuerte malestar en las FFAA. También numerosos miembros del peronismo de izquierda ocuparon cargos gubernamentales de responsabilidad durante el gobierno. Las demostraciones de fuerza de la izquierda peronista terminaron provocando una crisis de autoridad. El ala derechista del peronismo aprovechó para pedir la renuncia de las autoridades, en tanto los empresarios y las clases medias tradicionales anhelaban la presencia de una conducción pacificadora.

El retorno definitivo de Perón al país -el 20 de junio de 1973- se vio enmarcado por el sangriento episodio de Ezeiza, en el cual se produjo un violento enfrentamiento entre los dos bandos del peronismo. Las demandas de los sectores radicalizados, partidarios de una "Patria socialista", no podían ser asimiladas dentro de los límites del proyecto político del peronismo. La masacre de Ezeiza determinaría el final de la experiencia de Cámpora, quien renunciaría poco después. Se abrió un interludio en el cual gobernó Lastiri -yerno de López Rega, el ultraderechista secretario personal de Perón- durante algunos meses. Perón, intentando poner fin al vacío de poder, propuso volver al orden legal y constitucional, lo que encontró ecos en los sectores políticos de centro y

derecha. Su propuesta era una democracia integrada que encauzara los conflictos sociales, controlara las relaciones entre trabajadores y capitalistas y garantizara la estabilidad política del régimen. Sin embargo, este intento no pudo reducir los enfrentamientos de los distintos protagonistas sociales, políticos y gremiales.

Perón exhortó a los sectores más radicalizados del peronismo de izquierda a desistir de la violencia como recurso político y aceptar su conducción. No obstante, éstos insistieron en su batalla contra la derecha peronista. Perón terminaría por destituir al gobernador de la provincia de Buenos Aires, Bidegain, y avaló la remoción, por parte de la Policía cordobesa, del gobernador de Córdoba. Cabe recalcar que, en ambos casos, los gobernantes destituidos estaban vinculados a la izquierda peronista. La situación eclosionó en el acto del 1 de mayo de 1974 en Plaza de Mayo cuando Perón descalifica a la izquierda peronista, en respuesta a sus cánticos provocadores. Como resultado, estos sectores de la izquierda se retiran de la Plaza, mostrando el desencanto de la Juventud con el líder, más allá de toda reconciliación posible. Es en esta época, en el cual la disputa por la “verdadera” definición de la identidad peronista llegó a su paroxismo, en la cual se sitúan los hechos de *No habrá más penas ni olvido*.

El 1º de julio muere Perón y deja el gobierno en manos de su esposa y vicepresidente, Isabel Martínez de Perón. A partir del vacío de poder político que genera el deceso del general, la agudización de los conflictos y la violencia política marcarían la descomposición del gobierno. El enfrentamiento entre las facciones internas del peronismo pasa a ocupar el papel central de la escena política. Progresivamente, los sectores de la izquierda peronista iban siendo desplazados de la lucha por el poder. El nuevo gabinete incorporaba cada vez en mayor medida a miembros de los sectores más conservadores del movimiento. Esta estrategia aislacionista y sectarista de Isabel y de López Rega (quien renunciaría junto a Celestino Rodrigo luego del “Rodrigazo” –plan de medidas económicas que afectaban el poder del salario real y que preanunciaban las que luego implementaría Martínez de Hoz-) profundizó la pugna interna en el peronismo. En el marco de creciente ingobernabilidad, el gobierno puso en marcha un plan para eliminar a los sectores de izquierda dentro y fuera del peronismo. Un grupo terrorista de ultraderecha, denominado la Triple A, desplegó una represión política y cultural de vastos alcances. En este contexto, Montoneros resolvió pasar a la clandestinidad en septiembre de 1974, reasumir las actividades guerrilleras y enfrentar directamente al gobierno, terminando por definir el perfil revolucionario del movimiento.

A partir de noviembre de 1975, al tiempo que las operaciones antsubversivas alcanzaban una escala hasta entonces desconocida, los militares pasaron a ocupar el centro de la escena política, en un marco cargado de rumores de golpe de Estado. El nuevo grupo económico encabezado por Antonio Cafiero fracasó en intentar recomponer la política de concertación al no poder contener la inflación, la especulación y el déficit fiscal. Isabel reestructuró su gabinete integrando personas de confianza de las FFAA y adoptando políticas económicas de sesgo liberal. Los sectores sindicales y políticos evitaron cuestionamientos por miedo a que ello pudiese contribuir al derrocamiento del gobierno. Cuando el 24 de marzo los militares derrocaron al gobierno

justicialista, la Casa Rosada estaba vacía. Faltaban nueve meses para que las elecciones generales permitieran los cambios políticos necesarios para una solución pacífica institucional.

A partir de entonces, se darían los siete años más nefastos de la historia argentina, en la cual se acudió a la desaparición forzada, secuestro y tortura de miles de personas y otras tantas debieron exiliarse, como el caso de Osvaldo Soriano. Estuvo prohibida toda actividad política y el único discurso permitido fue el oficial-autoritario de las FFAA. Basándose en la Doctrina de la Seguridad Nacional, del discurso de la dictadura construyó la figura del “enemigo interno” que “amenazaba” la integridad nacional y los valores del “mundo occidental, cristiano y libre”. Partiendo de este discurso se intentó legitimar la destrucción de ese Otro, de todo aquel que supusiera un peligro al orden existente. Es en este marco en donde se sitúa *Cuarteles de Invierno*.

Una cuestión que no es menor es que al momento del golpe de Estado del 24 de marzo la actividad guerrillera estaba muy debilitada (Novaro, M. y Palermo, V.; 2003). Sin embargo, junto con el apoyo de parte de los medios de comunicación y de otros sectores cívicos y religiosos, se procuró mostrar que la situación era la anarquía total. Así, se justificaría la intervención militar, que no sólo terminaría de aniquilar a ese “enemigo interno” sino que además disciplinaría a la sociedad entera e instauraría un modelo socioeconómico bien distinto al existente, de corte neoliberal, centrado en el sector financiero, que derrumbaría el pilar principal del sistema anterior, la industria.

## **ANÁLISIS DE LAS OBRAS**

### ***No habrá mas penas ni olvido: el Sentido del peronismo***

Uno de los ejes centrales de este trabajo tiene que ver con la identidad peronista: ¿qué es ser peronista? ¿Quién es y quién no es peronista? Las respuestas a estas preguntas delinean, de alguna manera, distintos proyectos sociales, políticos y económicos para la Argentina. En este sentido, pueden llevar también a interrogarnos por la identidad argentina. La identidad no es algo que el sujeto construya de manera autosuficiente (o autónoma) sino que para llevar a cabo tal empresa requiere de un Otro, a partir del cual, por medio del establecimiento de diferencias (pero también de similitudes) se constituya como tal (Hall, S.; Du Gay, P.; 1998). Tomando a Derrida podemos afirmar que la constitución de una identidad siempre se basa en la exclusión de algo (o un Otro) y en el establecimiento de una jerarquía violenta entre los dos polos resultantes. El Nosotros se ve a sí mismo como unido, homogéneo y superior, en contraposición con el Otro. Podríamos decir, entonces, que la identidad supone un proceso de diferenciación entre un Nosotros y un Ellos (lo cual implica que dicha construcción obedece a una lógica intersubjetiva) que se lleva a cabo, entre otras cosas, por medio del discurso que permite demarcar qué es lo que queda “afuera” y qué es lo que no.

La acción de *No habrá más penas ni olvido* transcurre en un pueblito del interior de la provincia de Buenos Aires, Colonia Vela, donde Soriano reproduce “a escala” esa lucha por la imposición del “verdadero peronismo” que se estaba

dando a nivel nacional. La trama comienza cuando el comisario de Colonia Vela le anuncia a Ignacio, el delegado: “Tenés infiltrados”, es decir, “marxistas comunistas”. El quid de la disputa por la identidad peronista se refleja, principalmente, en la mutua acusación entre los sectores antagónicos de ser peronista/antiperonista-gorila. Los “bandos” que protagonizan la novela (compuestos, por un lado, por Ignacio, Mateo, García, Juan y Cerviño, y, por otro lado, el intendente Guglielmini, Suprino, Rossi y Guzmán) intercambian acusaciones durante el desarrollo de la historia:

- “Vos sabés que Guzmán no es peronista. Nos cagamos a golpes por eso en el 66” (Soriano, O. 1985: 14)
- “- El Mateo es marxista comunista.  
- ¿Quién te metió eso en la cabeza? Mateo fue a la escuela con nosotros” (Soriano, O. 1985: 12)
- “Vamos, nunca fui gorila. No era peronista y ahora sí, porque Perón se hizo democrático. Esa es la verdad.” (Guzmán) (Soriano, O. 1985: 36)

La categoría “antiperonista” podía ser aplicada para el considerado “oligarca”, “gorila”, o para el considerado “marxista comunista”, “apátrida”.

- “Alcanzó a escuchar que el comisario gritaba: ‘para terminar con el enemigo apátrida que se ha infiltrado en Colonia Vela’” (refiriéndose a Ignacio) (Soriano, O. 1985:17)

Ahora bien, durante las dos primeras presidencias de Perón la definición del Otro estaba relacionada a la oposición entre peronistas y antiperonistas -es decir, no se ponía en tela de juicio de la identidad peronista, si no que el objetivo de la lucha era o ganarle al peronismo o que gane el peronismo-, a fines del ´60 y principios del ´70, la pugna era *por* el peronismo, por apropiarse del mismo, ganar el sentido del “peronismo”. En este punto, la distinción entre peronistas/gorilas atraviesa un proceso que, manteniendo algunos elementos, la redefine proyectándola hacia dentro del Movimiento mismo. Aunque ambos sectores se consideran iguales (desde el punto de vista de que ambos se reivindican peronistas), en la novela podemos establecer diferencias de origen social entre los mismos, estableciendo una distinción entre quiénes componían cada “bando”. Por un lado, en el sector relacionado a la derecha peronista encontramos a: Guzmán (quien antes era “gorila”, calificativo que él no reconoce como propio, pero sí acepta que “no era peronista”), la Sociedad Rural que se hace presente (en la discusión entre Luzuriaga – su representante- y Suprino, el primero le dice: “Si mañana las cosas no están en orden, la Sociedad Rural, se lava las manos” (Soriano, O. 1985: 51), la policía, representada en este sector, principalmente, por el comisario Llanos y, por último, los “civiles”. Por el otro, encontramos, dentro de quienes apoyan a Ignacio, a Juan (trabajador en un horno de barro; también le brinda su apoyo la cuadrilla del mismo – “los muchachos del corralón” (Soriano, O. 1985: 31) - , incluso su capataz), Cerviño (fumigador, que utiliza su avión para ayudar a Ignacio), García (que aunque era policía también, era solamente un cabo), Moyano (el placero), Peláez (el loco vagabundo), la Juventud Peronista (“Compañero Fuentes, le habla Morán, de la juventud peronista, para hacerle llegar nuestra solidaridad” (Soriano, O. 1985: 33)) y la cuadrilla municipal. Con esta caracterización de los representantes de los sectores, intentamos señalar

los diferentes orígenes sociales de cada uno: mientras que los primeros están más relacionados con los estratos sociales más altos (y relacionados a los sectores de poder de Tandil), los segundos, poseen una procedencia claramente popular relacionada al mundo del trabajo.

El clásico par “nacional y popular” propio del peronismo parece sufrir un cisma al calor de la redefinición de la identidad peronista. Por un lado los sectores vinculados a la “izquierda peronista” emprendieron un trabajo de revalorizar el capital simbólico del término “popular” del binomio más vinculado a los sectores trabajadores y populares, como principio de legitimidad del proyecto de país que proponían: un país orientado en función de los intereses de los sectores populares y marginados. Por el otro, la operación discursiva de la “derecha peronista” fue resaltar los valores de la Nacionalidad, la Patria y las viejas tradiciones (entre las cuales se encuentra la católica). A partir de estos principios de legitimidad se construyó la definición del Otro: por un lado, la “burocracia sindical” y los que entregaban lo que pertenecía al pueblo argentino a monopolios extranjeros; por el otro, el “comunismo apátrida” y la “sinarquía internacional marxista”, contra los valores de la cristiandad occidental. Según Sarlo, en la obra de Soriano existe una solidaridad moral entre los marginales (Balderston, D., Foster, D., Halperin Donghi, T., Masiello, F., Morillo-Frosch, M. y Sarlo, B, 1987:). En *No habrá...* los actores representantes de la “izquierda peronista” vinculan ser peronista con “ser bueno y solidario” (Ignacio: “Son buenos muchachos, serviciales y peronistas” (Soriano, O. 1985: 30). Cerviño [cuando le preguntan por qué defiende a Ignacio]: “porque es un buen tipo y peronista.”)(Soriano, O. 1985: 135). Ese sería el atributo definitorio de la “izquierda peronista” en la obra.

Estas diferencias que acabamos de analizar a un nivel más estructural, si se quiere, se reflejan en el discurso de los personajes. Así es como los sectores de la derecha peronista de Colonia Vela recurren a un vocabulario donde ciertos términos son moneda corriente: “la Nación”, “la Patria” (p.27), “fuerzas del orden” (pp. 65 y 66), por oposición a “los marxistas comunistas” (p.12), “oligarquía marxista” (p.18), “apátridas” (p.17), “comunista de mierda” (p.111) “subversivos” (p.48) e “infiltrados” (pp.11-48), en general, asociados a los “pendejos” (p.50) de “la juventud” (p.51), “cabecitas” (p.136) o “negros de mierda” (Soriano, O.; 1985). Este discurso de la derecha peronista tendrá como uno de sus principales voceros a la presidenta María Estela Martínez de Perón (y al influyente Ministro de Bienestar Social José López Rega). Por ejemplo, el 4 de abril de 1975, la denominó “gentuza que empuñan las armas, alentados con drogas, buscando el caos al entrar en las fábricas, amenazando a los trabajadores” o como seres que *infiltran* ideas extrañas a la nacionalidad argentina y su esencia “cristiana” y “humana” (La Opinión; 5 abril 1975). En la lucha por ver cuál es el verdadero peronismo, *Isabelita* se inclina claramente por el bando derechista, al afirmar que ella es la auténtica difusora de la clase trabajadora y no los que Perón echó de la plaza. (La Opinión; 5 abril 1975).

Los elementos discursivos propuestos por los sectores de la “derecha peronista” son los que irán ganando progresivamente cada vez más terreno (para terminar por consolidarse durante el PRN). Bourdieu (1999) sostiene que la capacidad de valorizar simbólicamente determinados elementos depende de la posición en la estructura del mercado de los bienes simbólicos. Ésta,

posibilita con mayor o menor dificultad sancionar, con cierta oficialidad, determinada "ley de precios" en un mercado de bienes simbólicos. En este sentido, la posición de los sectores de la derecha peronista era estratégicamente superior dado el fuerte apoyo institucional del que gozaban. En la novela, la demonización de la "izquierda peronista" partía del Intendente de Tandil, del normalizador del Partido, del comisario del Pueblo. Un parlante repetía en todo momento el discurso de este sector y al mismo tiempo se montaba una operación de difamación a la cual el intendente denomina "armar el paquete". En estas acciones también se comienza a ver el avasallamiento de las instituciones democráticas y de la voluntad popular expresada en el voto. Un delegado electo es desplazado por un normalizador del Partido, una institución corporativa se impone por sobre una democrática. Esta práctica política complica aún más la posibilidad por parte de un discurso contra-hegemónico de valorizar otros elementos simbólicos.

### **El misterio de Perón**

No podríamos comprender la contienda por la identidad peronista sin plantear el problema del Ausente. Como señala Feinmann, en su prólogo a la novela, las dos facciones del peronismo se matan entre sí, creyendo en lo mismo; "luchan por un ideal que se resume en un solo nombre. El de Perón, el del Ausente" (Soriano, O. 2003: 8). Es una guerra civil en la cual ambos grupos combaten por una interpretación de la "misma" Patria. Sin embargo, como bien sostiene Feinmann, no se ve tal cosa en la novela de Soriano, pues "el 'sentido' no está en manos de los protagonistas. La decisión sobre la 'verdad' la tiene el Ausente, y el Ausente no está; mal puede, así, establecer el 'sentido'. Todos matan y todos mueren sin saber por qué. Por Perón, por una lejanía." (Soriano, O. 2003: 89). Ausencia significa misterio, desde distintas perspectivas: misterio de si en la novela Perón está vivo o muerto (enigma que se aclara en una entrevista en la cual Soriano explicita que sitúa la novela en el gobierno de Perón del 73-74(Soriano, O. 2003: 140)); misterio de qué es lo que quiere Perón. Perón es un símbolo difuso: el significante es el mismo, pero el contenido varía según los dos bandos. A su vez, la figura de Perón es una figura metonímica: en él se condensa el pueblo, la Argentina misma. Preguntarse por el misterio de Perón es preguntarse por el misterio de la Argentina. "Todos creen en él, esperan su bendición, saben que cuando 'vea', cuando 'sepa', les dará la razón, y todas las muertes habrán tenido el sentido que las redimirá, que las hará tolerables" (Soriano, O. 2003: 10). Esto se ve claramente en la novela cuando Ignacio se pregunta:

- □ "¿Qué estará haciendo Perón ahora?"(Soriano, O. 1985: 32)
- "-Eso digo, ¿qué va a decir Perón?  
-Va a estar orgulloso. Por ahí me nombra comisario- le contesta el Cabo".  
(Soriano, O. 1985: 56)

Por momentos, el relato de los sucesos de Colonia Vela parece inscribirse en una larga tradición de la literatura argentina. La pregunta "¿cómo puede ser que...?" que guió la búsqueda de Sarmiento acerca de las condiciones de progreso y desarrollo de la Argentina, acerca del proyecto nacional y el límite acerca de la Argentina misma, reaparece en la figura de Perón. La pregunta por la Argentina en el caso de Sarmiento cobró la forma de la metonimia, como

indica el título del clásico ensayo, Sarmiento indaga en el caudillo Facundo Quiroga, como si el misterio de ese hombre contuviese al misterio de la Argentina.

En este caso, la clave de la metonimia vuelve a tomar cuerpo en la figura de Perón. Las mismas preguntas vuelven a repetirse. ¿Cómo puede ser que haya existido algo como el peronismo? Desentrañar el verdadero significado del peronismo significaría desenredar el significado de la Argentina. En la pregunta “¿Qué es el peronismo?” pareciera jugarse el misterio y la esencia del país. Al igual que con Facundo Quiroga, si podemos develar el misterio del hombre, podemos develar el misterio de su movimiento político. No es casual entonces la tónica policial–periodística de una parte importante de la tradición literaria argentina (que se ve claramente en las dos novelas de Soriano que aquí se estudian). Pero, sin embargo, el misterio queda sin develar. Más allá de lo que Soriano afirmó años más tarde de la publicación de la novela, ésta puede ser ubicada temporalmente en diversos momentos: con Perón como presidente, con Perón fuera del país y, por qué no, con Perón muerto. Pero también, una vez que ese protagonista ya ha muerto, es decir, que ya no tiene más pistas para dejarnos sobre su verdadero ser, incluso en ese momento permanece siendo un misterio. Recientemente se desenterró de Plaza de Mayo un documento de Perón destinado a generaciones futuras. Fue a exhumárselo como si fuese un evangelio apócrifo del mar muerto donde por fin se develará el misterio. Que haya expectativa sobre ese documento, 30 años después de su muerte habla del misterio de “ese hombre”.

### **Los “Civiles”**

En Colonia Vela, la “derecha peronista” cuenta con el apoyo de los denominados “civiles”. Es importante destacar que son personajes diferentes: si bien en varias ocasiones se los muestra trabajando juntos, existen otras donde esto no ocurre. Uno de esos momentos, en el cual los civiles muestran su autonomía con respecto a los “peronistas de derecha”, es cuando el conflicto parece escaparse de las manos de éstos, a partir de lo cual los “civiles” dicen “No va más viejo. Basta de jugar. Ahora mandamos nosotros” (Soriano, O. 1985: 83). Y de hecho lo hacen. Quienes habían sido llamados como auxiliares, como fuerza de choque dirigida por viejos políticos, ahora pasan a tomar el control de la situación. Esta independencia, e incluso “superioridad”, de los civiles se ve en el salto cualitativo que están dispuestos a dar para derrotar a su enemigo, pasos que los “viejos peronistas de derecha”, con larga tradición en un uso limitado de la violencia, rechazan. Son los “civiles”, por ejemplo, quienes matan al secretario Mateo (aliado de Ignacio), al martillero Guzmán (el “ex gorila” aliado al intendente de Tandil) por oponerse a ese fusilamiento, y torturan y matan a Ignacio Fuentes. Hay tres situaciones que reflejan esto:

- la discusión entre Guglielmini y Suprino, en la que el primero declara: “No quiero más. Para mí es demasiado. Tenemos que salir de acá, irnos del país” y el segundo, quien termina fusilándolo a Guglielmini, asegura que sólo les queda una carta para jugar: “el ejército”. (Soriano, O. 1985: 133)

- la conversación entre un “civil” y Guzmán, en la que el primero lo insta al segundo a “hacer boleta” a Mateo. Guzmán le responde: “No me gusta. Si lo matan, yo me abro. Es demasiado” (Soriano, O. 1985: 91).

- la tortura de Ignacio, por parte de los “civiles” con el alambre al rojo vivo, lleva a Reinaldo (de la derecha peronista) a sentirse tan mal como para dejar la escena e ir al baño.

Ya en este punto, encontramos una continuidad con el ejercicio de la violencia represiva del Proceso de Reorganización Nacional: no sólo por el grado al que ésta se exagera sino también por su ejercicio desde la clandestinidad (como acabamos de señalar, algunos – si no todos – de estos “civiles” eran, en realidad, “canas”). No es menor el hecho de que estos “civiles” estén relacionados a las fuerzas de seguridad. Si bien se termina descubriendo que algunos de ellos realmente eran policías o militares, podemos presuponer que algunos de ellos no lo eran, pudiendo concluir así, que también existió una colaboración explícita de los civiles para con las fuerzas de seguridad. Esta colaboración (no entendida como mero apoyo) fue un factor de importancia durante el Proceso de Reorganización Nacional. De esta manera, la dictadura del 76-83 (y otras tantas que ha sufrido Argentina) más que exclusivamente militar fue cívico-militar.

“- comunista de mierda.

Juan le pegó con el revólver en el mentón. El muchacho vaciló y se llevó las manos a la cara. Juan lo golpeó en la cabeza y dejó que se fuera lentamente hacia delante. Después se agachó y lo palpó con cuidado. Encontró una chapa en un bolsillo del pantalón:

- Cana – dijo en voz baja – son canas.” (Soriano, O. 1985: 112).

## **La Juventud**

En relación con la violencia política, en la novela se pueden entrever algunas críticas a la Juventud Peronista y a los sectores de las organizaciones armadas peronistas. Por un lado, la Juventud aparece caracterizada como inocente, recurriendo a pintadas con rimas simpáticas, a apoyos puramente proclamativos y a posturas como la de “asamblea permanente” en momentos de extrema tensión. Finalmente, deciden utilizar la violencia política en un dispendio extremadamente improductivo de la misma. Secuestran al comisario del pueblo, cuya relevancia en el proceso y compromiso con el mismo eran notablemente limitados, y se disponen a fusilarlo en un acto que, más allá de ser “justo” o no, resulta fuertemente improductivo ya que se hace en venganza de la muerte de Ignacio. Cuando Ignacio les solicita su apoyo para defenderlo, la Juventud recurrió a esas posturas ingenuas que son caracterizadas irónicamente por el autor, introduciendo el elemento humorístico en un momento trágico ya que pinta una decisión que de haber sido otra manera hubiese evitado el desastre.

“-Compañero Fuentes, le habla Morán, de la juventud peronista, para hacerle llegar nuestra solidaridad.

-Vengan a pelear conmigo.

-Estamos en asamblea permanente. Si la asamblea lo decide, allá estaremos” (Soriano, O. 1985: 33).

En esta novela también surge muy sutilmente la cuestión del género. Hay varios diálogos en los que la alusión a éste, por medio del uso de términos

considerados degradantes, funciona como arenga en las situaciones de combate en las que se encuentran los personajes:

- “Es que nos van a reventar a tiros. Don Ignacio está enojado hoy.
- ¿Qué son, maricas?
- No, mi comisario.
- Cumplí la orden, entonces.”(Rossi- el comisario) (Soriano, O. 1985: 40).

En otros casos, directamente es utilizado como referencia degradante al otro:

- “Pendejo maricón. Sos macho con un chumbo en la mano. Pero ni así sirven los tipos como vos” (Cerviño a un “civil”) (Soriano, O. 1985: 136).

### **Cuarteles de Invierno: continuidades y rupturas**

Como planteamos al principio del trabajo, las continuidades entre las obras de Soriano que aquí se analizan son bastante claras. Las historias que narran las novelas se sitúan temporalmente en dos momentos históricos consecutivos (la vuelta de Perón, su tercer presidencia y la presidencia de María Estela Martínez de Perón, por un lado y, por el otro, el Proceso de Reorganización Nacional comenzado con el golpe de estado de 1976) y que, por lo tanto, no son ajenos entre sí. Cuando decidimos tomar las dos obras para trabajar sobre ellas, lo hicimos considerando que ambas se complementan, tratando de mostrar, desde la literatura, procesos que desde el discurso formal/científico eran más difícilmente aprehensibles.

Por un lado, la pugna interna en el movimiento peronista por el “verdadero peronismo” se presentaba a ojos de muchos como un proceso cuasi-inexplicable/inentendible y, por lo tanto, inabarcable en su totalidad. En este sentido, podemos entender el papel de los discursos ficcionales tal como los define Sarlo; para ella, son “versiones e intentos de rodear, desde ángulos diferentes una totalidad que, por definición, no puede ser representada por completo” (Balderston, D., Foster. D., Halperin Donghi, T., Masiello, F., Morillo-Frosch, M. y Sarlo, B.; 1987). Soriano desarrolla la historia de *No habrá más penas ni olvido* en un claro tono irónico (casi tragicómico), herramienta bastante útil, a nuestro criterio, pero también polémica, para contar una historia donde los personajes mueren en nombre de la misma persona: Perón. Este punto es bastante claro en la situación que se desarrolla con el intercambio de “comunicados” entre Ignacio y Guglielmini, donde ambos firman con el ya clásico “Perón o muerte”. (Soriano, O. 1985: 45-48). En esta novela, el realismo de la narración se presenta en esa forma de cuadro (o fotografía, si se quiere) que adopta la misma: la lectura de la novela se asemeja a la del guión de una película y la figura del narrador está casi ausente o, más bien, está presente pero como si fuera un periodista que trata de mostrar los hechos “tal y como son”.

En el caso de *Cuarteles de invierno*, tanto la trama de la historia como el contexto de producción suponen una mención aparte. Soriano escribe esta novela entre 1977 y 1979, o sea, en el exilio de la dictadura militar. En este contexto, la novela es representativa de los discursos ficcionales que surgieron como contrahegemonicos al discurso oficial-autoritario, al criticar el silencio y la

negación de la realidad argentina del momento, exigidos por éste último. Podemos entender esta novela como respuesta al hecho de que el discurso autoritario se presenta como el único autorizado (y capaz) para la construcción de sentidos (lo que supone que, en realidad, hay un Sentido, que es producido por aquél), la cual se realiza en los espacios privados/secretos del poder, o sea, fuera de la esfera pública. En este sentido, el discurso ficcional que nos presenta Soriano trata de percibir y representar lo que sucedía en Argentina recurriendo a un estilo literario realista similar al que planteamos anteriormente para el caso de *No habrá...*, con la diferencia de que en *Cuarteles* el narrador está en primera persona. Aquí, el narrador se encarna en la figura del cantor Galván, abandonando un poco esa neutralidad que caracterizaba al narrador de la otra novela, lo que le permite al lector encontrar frases del tipo “Tuve miedo, mucho y golpe. Un temor infantil, llenos de sombras y de silencios” (Soriano, O. 1983: 70). Sarlo sostiene en su artículo (Balderston, D., Foster, D., Halperin Donghi, T., Masiello, F., Morillo-Frosch, M. y Sarlo, B.; 1987) que, en estos casos, donde los textos se presentan con una alta dosis de realismo, el funcionamiento figurado (alegorías, metáforas) no está completamente ausente, dado que los *tropos* (esos recursos de figuración) son las herramientas gracias a las cuales todo discurso constituye esos objetos que trata de describir de manera realista. Pero también, porque la lectura social tiene un papel esencial en la construcción de sentidos, donde las experiencias personales y colectivas son determinantes.

Pero las continuidades también están planteadas desde las tramas mismas: no sólo son consecutivas históricamente y ocurren en el mismo lugar (Colonia Vela), sino que, también, los personajes mismos de *Cuarteles de invierno* aluden a la historia de *No habrá más penas ni olvido*. En primer lugar, el cantante de tangos Romero le cuenta a Galván como en el '74 “habíamos formado una orquestita subvencionada por la municipalidad, por don Ignacio Fuentes, que era delegado municipal y en paz descansa, cuando se vino la maroma y los muchachos quemaron todo el pueblo (...) felizmente hace tres años que tenemos a los militares aquí” (Soriano, O. 1983:33). En segundo lugar, el adinerado Águila Bayo<sup>3</sup> dice: “Yo nunca fui peronista, pero el viejo era sabio. Si le hubieran hecho caso no habría pasado lo que pasó. Pero no, se creían más peronistas que Perón y ahí tiene... ¡la revolución! (...) Se creían que era soplar y hacer botella...claro, entonces vino esta gente y puso orden” (Soriano, O. 1983: 70). En ambos casos Soriano alude a la historia de *No habrá...*, rastreando en el período anterior al golpe “el huevo de la serpiente”.

Al igual que en *No habrá...*, Colonia Vela es la metonimia de la Argentina, ahora ya no protagonista de la pugna peronista, sino del Proceso de Reorganización Nacional (PRN), reproduciendo “a escala” la realidad nacional. En primer lugar, la figura del “enemigo interno” (el Otro) al que alude constantemente el discurso de las FFAA está representado por las figuras de Galván y Rocha, ambos invitados para el festejo de su aniversario del pueblo (Galván -cantante de tango- hará una presentación y Rocha -boxeador- participará de una pelea contra Sepúlveda -teniente primero local-). En el caso de Galván, no parece tener ese papel del Otro desde el comienzo de la historia. Su figura se torna conflictiva desde el momento en que le niega un autógrafo a un integrante de las FFAA. Esta situación de conflicto se profundiza cuando “descubren” que “firmó algunas solicitudes, dijo algunas zonceras políticas por la radio y como es

un poco ingenuo cantó en algún festival de la juventud.” (Soriano, O. 1983: 67) y, aparte, “(...) había sido exonerado de la televisión inmediatamente después de constituido el gobierno militar.” (Soriano, O. 1983: 57). En cambio, el destino de Rocha ya estaba escrito, dado que él iba a ser, desde un principio, protagonista de la pelea contra Sepúlveda. Esa pelea también puede ser pensada como una metonimia de la Argentina: en ella se enfrentan Rocha (el Otro, que, dicho sea de paso, proviene de la Capital) y Sepúlveda que, como teniente primero y por ser del pueblo mismo, representa el Nosotros. Éste mismo se expresa al respecto:

“(...) me han otorgado una misión en un frente que por distintas causas ha estado siempre en manos de civiles. El frente deportivo. Allí estoy combatiendo y conmigo combaten todos mis camaradas (...) Yo seré el campeón y conmigo el verdadero país será campeón” (Soriano, O. 1983: 143)

En esta cita está claramente ejemplificada la cuestión de la definición del Otro. Sepúlveda no sólo “combate” como representante de Colonia Vela, sino que también lo hace como integrante de las FFAA y, por lo tanto, de un Nosotros. A este Nosotros se alude constantemente en el discurso autoritario del régimen del PRN. Esta distinción entre Nosotros y Ellos es la causa última que lleva a la “necesidad” del exterminio del Otro, porque es éste quien, por ser subversivo, “pone en peligro la integridad de la Nación”<sup>4</sup>. Pero el Nosotros tiene un contenido más amplio que no abarca solamente a las FFAA: es la Nación, la Patria y, en el caso de la novela, Colonia Vela y todos sus integrantes. Lo que está en juego en la pelea no es un título, sino el orgullo del pueblo, y con éste, el del país. Por otro lado, también se hace alusión al nuevo papel de las FFAA en el PRN: ya no sólo se encargarán de la defensa a nivel externo del país, sino que como “representantes de la Nación” (poder que en el discurso aparece asignado –casi- por la Providencia misma y “en los papeles”, por la Doctrina de Seguridad Nacional) poseen el “deber” de enfrentar (que terminará siendo sinónimo de “eliminar”) al enemigo interno. En el caso de la pelea, el frente interno estaría simbolizado por el “frente deportivo”, que antes estaba en manos de los civiles. Mención especial merece la aparición del helicóptero sobre el ring durante la pelea. La metáfora es interesante: el combate es entre dos personas (Nosotros vs. Ellos) y el helicóptero aparece como un tercero, distinto de los personajes pero relacionado a la vez con Sepúlveda (ambos pertenecen al Nosotros-FFAA). Así, las FFAA se muestran en dos planos: a) el de la oficialidad, en el cual se mostraban como la institución que debía poner orden en la sociedad, pero ocultando los mecanismos de tortura, secuestro y desaparición de los Otros “subversivos”; en *Cuarteles*, esta imagen de las FFAA se plasma en el helicóptero que sobrevuela la pelea: se muestran desde una posición relativamente ajena a la lucha entre Rocha y Sepúlveda, pero en realidad están interviniendo al distraer y desmoralizar al primero; b) el de la clandestinidad, el de la pelea misma, el “trabajo sucio” (la desaparición, secuestro y tortura), que en la novela se personifican en Sepúlveda.

Pero no todas las alusiones al gobierno militar quedan en el plano de lo figurativo, dado que son muchas las escenas en que la injerencia de las FFAA se presenta en la cotidianeidad de los habitantes del pueblo. Desde el comienzo de la historia, las FFAA se hacen presentes, cuando al bajarse del tren en Colonia Vela, Galván es increpado por un “milico” que le pide los documentos.

Algo similar le sucede a Rocha que, cuando se baja del mismo tren, es obligado a ponerse contra la pared para ser “cacheado”. Según las palabras del propio Galván “El grandote no se hizo rogar” (Soriano, O. 1983: 9), lo que demuestra que un suceso como ese era visto con total naturalidad y, casi hasta como necesario. Es frecuente, también, la aparición de Falcon verdes, “señores armados” e inscripciones en carteles del tipo “Pueblo y Fuerzas Armadas unidos en el común Destino de Paz y Grandeza.” (Soriano, O. 1973:61)

De todos modos, la caracterización de ciertas fuerzas del orden vuelve por momentos a representar ese elemento de clandestinidad que las rodeaba. En dos ocasiones Galván no puede ver las caras de los que custodian el “quilombo” o la casa de Águila Bayo, en la primera por ser de noche y porque la lumbre del encendedor sólo revela parcialmente el rostro del guardia, en la segunda dado que sólo alcanza a ver dos brasas de cigarrillo ardiendo detrás de los vidrios empañados del Torino negro.

Del lado de la población civil, no resistente a la dictadura, pueden observarse dos grandes caracterizaciones. Por un lado la ingenuidad representada en la figura de Rocha; por el otro, la del silencio y el respaldo pasivo del resto del pueblo. Rocha parece creer que hay ciertos elementos inocentes y vírgenes del orden impuesto por las cúpulas militares, esferas que no tienen relación con la lucha contra la subversión. Esta ingenuidad se manifiesta en su intención de declarar su amor por la hija de Águila Bayo, ya sea en el teatro frente a las clases altas, las fuerzas armadas y a importantes miembros de la Iglesia, o inmediatamente después de haber consumado su amor en living del doctor frente a él y a las fuerzas del orden. Cree que sólo es demostrar su amor por una mujer, como si se tratase de una situación infantil donde a un chico le gusta una chica. Por otro lado, la pelea contra Sepúlveda pareciera estar, a los ojos de Rocha, en ese espacio de lo indeterminado por las fuerzas militares. Él cree que si *knockea* a su rival no habrá forma de arreglar la contienda. Sin embargo, no puede percatarse de que toda esa pelea ha sido preconfigurada desde sus inicios como un elemento de diversión/distracción para los sectores populares, ilustrando la superioridad militar en todos los frentes. La elección de Rocha mismo como contrincante indica esto. Alguien que fue un gran boxeador pero que en ese momento, como se indica al comienzo de la historia, ya no atravesaba su mejor momento. Sólo a través de la mirada esperanzada y parcial de Galván el lector participa de la ingenuidad, haciendo suya la aspiración de que Rocha pueda ganar, como en “una película en la que el héroe, golpeado y humillado, sacaba fuerzas de su amor por una muchacha y destrozaba a sus rivales en un último gesto de dignidad” (Soriano, O. 1983. 150). Si la elección del boxeador en decadencia y los ilegítimos que utilizan para empeorar su condición (lastimarle la mano, evitar que duerma bien) no eran suficientes, sobre la pelea se ubica un helicóptero volando sugerentemente bajo. Nuevamente el Ejército aparece, como ya sostuvimos más arriba, como una espada de Damocles para indicar que, en última instancia, siempre se puede recurrir al frío cruel de la espada e imponer la verdad del poder por sobre el poder de la verdad. En el ring nunca hubo dos contendientes, las FF.AA. por un lado y la población civil por el otro, sino que era una puesta en escena maquinada por las FF.AA., una mera representación donde éstas eran actor y director al mismo tiempo. Desde el primer momento tuvieron el control absoluto del resultado, la pelea estaba ganada (o perdida,

depende quien relate la historia) antes de comenzar, y la realización efectiva de la misma no era más que una formalidad.

El respaldo pasivo y el silencio cómplice de la población civil de Colonia Vela es una bruma que está presente en toda la novela. Su presencia es especialmente notoria en la ausencia de la población para ayudar a Galván a transportar la camilla por el empedrado y con una rueda corta. En esa imagen la ausencia no podría ser más explícita. Pero hay otro momento donde el juego de ausencias y presencias se efectúa de un modo muy esclarecedor. Antes de ir a misa (un momento no menor teniendo en cuenta el papel de la institución eclesiástica en la legitimación del PRN) Galván relata que gran parte de la población se encontraba en la plaza frente a la Iglesia. Al sonar las campanas el pueblo quedó vacío, y al sonar nuevamente marcando el fin de la misa, la plaza volvió a llenarse. Galván calcula que no había forma de que toda esa gente hubiese ingresado a la misa. Esto indicaría que los habitantes del pueblo, al tintinear las primeras campanas se fueron a sus casas y al sonar de nuevo volvieron a la plaza. Esto muestra que, más que una fervorosa creencia en el PRN y sus valores, hay una complicidad basada en el silencio y la pasividad. Este silencio y ausencia parecen ser las principales formas de apoyo caracterizadas en la novela.

También, como ya se ha mencionado al principio de este trabajo, está presente el olvido de todo el pasado anterior a la dictadura militar. Solamente Águila Bayo da cuenta de los sucesos que ocurrieron en Colonia Vela y que constituyeron los antecedentes inmediatos al nuevo orden. Un ex albañil, ahora en una situación de pobreza y considerado loco (Mingo), les recrimina que hablen de los muertos (entre los cuales todos los habitantes tienen al menos algún familiar) como si hubiese sido una epidemia, algo accidental e impersonal. En una charla con Galván afirma:

- “Me dan lástima – dijo de golpe – Son capaces de vender el alma por unos pesos y después van a misa para hacerse perdonar.
- No todo el mundo es así...
- No, claro no soy tan tonto para pensar eso. Pero éstos, los del domingo a la mañana... mírelos. Casi todos tienen un pariente muerto. El pariente más joven, el loco de la familia. Se consuelan unos a otros como si se los hubiese matado la epidemia.
- ¿Y usted que hacía cuando la epidemia?
- ¿Yo? Lo mismo que ellos. Ver, oír, callarme la boca. Más viejo es uno, más se agarra a las cosas mezquinas, más acepta, más miedo tiene de perder las poquitas porquerías que consiguió.” (Soriano, O. 1983: 39-40)

Tanto el silencio como el olvido, más que el apoyo activo, aparecen en este discurso de un ex albañil, ahora pobre y considerado loco por la población de Colonia Vela, como el medio de apoyo a las FF.AA. Es quizás el único discurso contra hegemónico dentro de Colonia Vela (fuera de Galván) que ensaya una crítica y autocrítica de lo sucedido.

Otros elementos a tener en cuenta y que no son para nada despreciables son la utilización del espectáculo, ya sea deportivo –la pelea Rocha vs. Sepúlveda- o artístico –los conciertos musicales que ofrecen la orquesta del Ejército o el

humilde tanguero Romerito- como otras formas de olvido. Ya no se trataba sólo de olvidar el pasado anterior a la dictadura sino lo que efectivamente ocurría: censura, exterminio del Otro, represión brutal. El espectáculo distrajo la atención de la sociedad civil sobre otras esferas, para ocultar lo que realmente ocurría. En este punto, la pelea entre Rocha y Sepúlveda, en el cual buena parte del pueblo de Colonia Vela participó como espectadora del lado de Sepúlveda (a Rocha lo chiflaban constantemente) es una metáfora de lo que fue el mundial de fútbol de 1978, en el cual millares de personas celebraron con los militares el campeonato mundial, dejando de lado las atrocidades que se estaban cometiendo en otros ámbitos.

Por último, también es interesante observar quiénes aparecen como los principales sostenes del régimen militar. En una escena, Águila Bayo le dice a Galván que no podrá cantar lo que quiera ni ante cualquiera: “Usted va a cantar en el teatro Avenida para gente selecta, intachable; también estarán los militares y si promete no cantar alguna pieza subida de tono vendrán los tres miembros de la Iglesia.”(Soriano, O. 1983:21) Es decir, al teatro Avenida sólo concurrirán unos pocos; será una ceremonia exclusiva. ¿Quiénes son los que participan de ella? Los ideólogos de la dictadura militar: esa gente “selecta, intachable”, es decir, la élite civil; los propios militares y la Iglesia. Esto prueba, una vez más, que la dictadura no fue únicamente militar sino que fue cívico-militar-religiosa, o sea, que contó con el fuerte apoyo de sectores religiosos y civiles.

## **CONCLUSIÓN: EL DESEO DE EXTERMINIO DE LA OTREDAD**

A pesar de que a lo largo de este trabajo se desarrollan varias temáticas para pensar las novelas *No habrá más penas ni olvido* y *Cuarteles de invierno*, la idea que nos guió para el análisis es la cuestión del Otro, lo que supone la definición de ese Otro, en contraposición con el Nosotros. En el caso de *No habrá...*, la cuestión de la pugna peronista, la distinción entre un Nosotros y un Ellos/Otro está dada por la dicotomía peronista/antiperonista, respectivamente. Este par, que durante las dos primeras presidencias de Perón parecía estar claramente delimitado, para fines de la década del '60 y principios del '70 fue, en algún punto, redefinido a la luz de la pugna interna por la “verdadera” identidad peronista, que sacudió al movimiento en aquellas décadas. Para pensar este proceso, es más adecuado considerar una definición de identidad de una manera negativa, como es el caso de los planteos de Derrida. Lo que le da a la identidad su capacidad de, valga la redundancia, identificación y adhesión, es el hecho de que está construida, con una lógica intersubjetiva, en base a la diferenciación, la distinción e, incluso, la exclusión de un Otro. En el análisis foucaultiano de la cuestión del Otro, excluir y eliminar van de la mano. La eliminación del Otro es necesaria, dada su peligrosidad para la constitución del Nosotros como tal. Esa constitución del sujeto (Nosotros) refiere no sólo a su constitución e integridad física, sino también a la conformación del mismo como tal, como conjunto de ideales, proyectos, deseos, etc. En tanto el Otro es distinto, lo es en todos los sentidos y su mera existencia pone en peligro el desarrollo del sujeto Nosotros también en todos sus sentidos.

Pero para que la eliminación física del Otro sea posible, debe existir un discurso que la legitime. "¿Cómo es posible que el Estado ejerza la función de la muerte?" se pregunta Michel Foucault. La condición de posibilidad es la existencia previa de un discurso "racista" que legitime el exterminio. Lo que hace este discurso racista es introducir una separación entre lo que debe vivir y lo que debe morir, a la vez que establece una relación positiva entre la muerte del otro y la vida de uno en clave no guerrera, sino biológica. "La muerte del otro -en la medida en que representa mi seguridad personal- no coincide simplemente con mi vida. La muerte del otro, la muerte de la mala raza, de la raza inferior (o del degenerado o del inferior) es lo que hará la vida más sana y más pura" (Foucault, M. 1996). El Nosotros apela a un argumento de corte biologicista para exterminar al Otro. El Otro aparece como un agente patógeno que amenaza la salud del organismo, es decir, del Nosotros. Por lo tanto, para que el Nosotros viva más y mejor, es necesario extirpar las partes contaminadas por dicho agente. En el caso de la dictadura militar, es constante la utilización de este discurso médico para justificar la represión a la guerrilla, quien aparece como el virus, el cáncer, la enfermedad de la sociedad. Por ende, para curar a la sociedad, es necesario atacar a ese agente, excluirlo, eliminarlo, exterminarlo<sup>5</sup>.

En el caso del conflicto por la identidad peronista, la existencia de un discurso monopolizado que legitimase la eliminación del Otro no es tan fácilmente determinable, y ni siquiera lo fueron sus lineamientos. Mientras durante el gobierno de Cámpora y los primeros meses de su gobierno, Perón mantuvo un discurso basado en los principios más relacionados al Justicialismo (soberanía nacional, justicia social, alianza de clases) combinados con ciertas concesiones a los sectores más radicales del movimiento, el enfrentamiento con estos sectores se hizo patente el 1º de mayo del '74 cuando los echó de la Plaza de Mayo, calificándolos de "estúpidos" e "imberbes". (Gillespie 1987:187) En estos momentos aquel discurso legitimante de la eliminación del Otro tenía casi un único emisor: Perón. Este discurso estuvo signado por una "juiciosa política destinada a adquirir el más amplio apoyo político y social (...) pero situando a veces su inmensa autoridad detrás del sector del Movimiento que más le conviniese "(Gillespie 1987:68). Podríamos argumentar que, aparte de los factores reseñados anteriormente, esta característica del discurso de Perón también facilitó el fortalecimiento de tendencias internas en el Movimiento, permitiendo a cada una auto-legitimarse en base a dicho discurso, otorgándoles identidad y por lo tanto, diferenciándolas del Otro. El alejamiento y ataque del discurso de Perón a los sectores más radicales que ya se perfilaba con fuerza hacia fines de su mandato (fallece el 1º de julio del '74), alcanza su paroxismo durante el gobierno de Isabel. En este período, dado que ya no existía la voz de Perón, la conformación de aquel discurso estaba, en parte, en manos del Estado (de la presidenta misma y de sectores del gabinete, ligados a la figura de López Rega y la Triple A), aunque existía un contradiscurso relativamente fuerte, proveniente de la izquierda peronista (por ejemplo, la Tendencia). Podríamos decir que los lineamientos, respecto de la diferenciación entre el Nosotros/Ellos, de aquel discurso (y sus estrategias) desplegados por los sectores derechistas del peronismo, se cristalizaron durante el PRN, el cual se alimentó del discurso de la Doctrina de Seguridad Nacional<sup>6</sup>. (Novaro, M. y Palermo, V. 2003: 82-83) En este período, la relación de fuerzas entre el discurso oficial-autoritario y los discursos contrahegemónicos es muchísimo

más asimétrica. Este discurso que identificaba, a grandes rasgos, al Otro con el “enemigo interno”/“la subversión” y al Nosotros como “la Nación”/“la Patria”, se desarrolló en un entorno autoritario y represivo, en el cual su contenido era reforzado en todos los ámbitos de la vida por el terrorismo de Estado (que involucraba al sistema de defensa y seguridad estatal de manera orgánica) y sus estrategias. En el ámbito de la producción intelectual (y sobre todo, la literatura) la censura (y la autocensura también) supuso que el surgimiento de contradiscursos fuera extremadamente limitado (aunque no por ello inexistente). Las estrategias más utilizadas por los sectores productores de dichos contradiscursos fueron el exilio (como fue el caso de Soriano) y la apelación a figuras retóricas (como la metáfora, la metonimia y la elipsis).

## REFERENCIAS

- Balderston, D., Foster, D., Halperin Donghi, T., Masiello, F., Morillo-Frosch, M. y Sarlo, B. (1987) *Ficción y política*. Buenos Aires: Alianza Estudio.
- Bourdieu, P. (1999) *¿Que significa hablar?* Madrid: Akal.
- Feinmann, J. P., (2003) “Prólogo”, en Soriano, O. *No habrá más penas ni olvido*. Buenos Aires: Seix Barral.
- Foucault, M. (1996) *Genealogía del racismo*. Buenos Aires: Caronte.
- Gillespie, R. (1987) *Soldados de Perón: Los Montoneros*. Buenos Aires: Grijalbo.
- Giorgi, G. (2004) *Sueños de exterminio*. Buenos Aires: Beatriz Viterbo Editora.
- Hall, S., Du Gay, P. (1998) *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires-Madrid: Amorrortu.
- Horkheimer, M. y Adorno, T. (1997) *Dialéctica de la ilustración*. Madrid: Trotta.
- "La Presidenta denunció en la CGT, que la economía y el gobierno están infiltrados" (1975, Abril 5). *La Opinión*, tapa.
- "Videla dio prioridad a la Acción antsubversiva" (1976, abril 23) *La Opinión*, tapa y páginas 10 y 11.
- Novaro, M. y Palermo, V. (2003) *La dictadura militar (1976/83): del golpe de Estado a la restauración democrática*. Buenos Aires: Paidós.
- Rapoport, M. (2005) *Historia económica, política y social de la Argentina*. Buenos Aires: Ariel.
- Soriano, O. (1983) *Cuarteles de invierno*. Buenos Aires: Bruguera.
- Soriano, O. (2003) *Cuarteles de invierno*. Buenos Aires: Seix Barral.
- Soriano, O. (2003) *No habrá más penas ni olvido*. Buenos Aires: Seix Barral.
- Soriano, O. (1985) *No habrá más penas ni olvido*. Buenos Aires: Seix Barral.

---

<sup>1</sup> Esto lo podemos confirmar a partir del fichaje de los diarios La Opinión, Clarín y La Nación de 1975, 1976, 1977. En 1975, encontramos 126 notas referidas a Perón o al peronismo; en 1976, 21 (de las cuales, el 55% las hallamos antes del 24 de marzo; es decir, más de la mitad de los artículos referidos a Perón o al peronismo se dan en los primeros tres meses del año); en 1977, tan sólo registramos cerca de 11 notas vinculadas al tema.

<sup>2</sup> Este autor sostiene que dicha corriente interna surge realmente en los años '50.

<sup>3</sup> En la edición de Seix Barral del 2003, este personaje aparece como Ávila Gallo. Soriano cuenta en una entrevista que esta figura esta basada en una persona de la vida real, que fue funcionario de Bussi en Tucumán durante los '90. En la primera edición europea del libro aparecía con su nombre verdadero (Ávila Gallo, no Águila

---

Bayo), razón por la cual le hizo juicio a Soriano. En la edición argentina, Soriano le cambió el nombre por consejo de su abogado. Pero luego, le dijo al editor que volviera a poner su nombre real, sin importarle si lo llevara a juicio o no (Soriano, O. 2003: 187-188).

<sup>4</sup> El 22 de abril de 1976 Videla se refería a la actuación de las FF.AA en la lucha contra la subversión: *"...las FF.AA., ante el vacío existente han debido intervenir para salvar la seguridad de la Nación ostensivamente amenazada"*. En oportunidad de dirigirse a los oficiales relató: *"Tenéis presente todos que la Nación os mira y confía en vosotros, en los que hoy reintegráis al quehacer ciudadano, porque en esta hora se requiere de la suma de todas las energías positivas para consolidar definitivamente el destino argentino y, en los que hoy incorporáis al ejercito porque seguiréis siendo como en todas las épocas los fieles custodios de su soberanía y de su seguridad"*. Agregó finalmente: *"Vuestro Comandante General está seguro y convencido de que con la ayuda de Dios, Nuestro Señor, la misión será cumplid, que habréis hacer honor a la tradición de soldado argentino entregando, si fuere necesario, hasta la última gota de vuestra sangre por la felicidad y grandeza de nuestra Patria"*, citado en *La Opinión*, (23 abril 76). Aquí se ve claramente cómo las FF.AA. hablan en nombre del "Nosotros", representantes de la Nación amenazada por el Otro, la "subversión".

<sup>5</sup> Videla sostuvo en la Conferencia de Ejércitos Americanos de Montevideo del 23/10/75: *"En la Argentina deberán morir todas las personas necesarias para lograr la paz del país"*. También son clarísimas las declaraciones del contralmirante Guzzeti, el primer canciller del régimen: *"Mi concepto de la subversión se refiere a las organizaciones terroristas de izquierda. La subversión y el terrorismo de derecha no son lo mismo. Cuando el cuerpo social del país ha sido contaminado por una enfermedad que le devora las entrañas, forma anticuerpos. Esos anticuerpos no pueden considerarse del mismo modo que los microbios. A medida que el gobierno controle y destruya a la guerrilla, la acción del anticuerpo va a desaparecer (...) Se trata sólo de una reacción natural de un cuerpo enfermo"*, citados en Novaro, M. y Palermo, V., (2003) pp.80-82.

<sup>6</sup> No olvidemos que, igualmente, algunos de los supuestos de la DSN ya se encontraban en la "Estrategia Nacional Contrasubversiva" aprobada por el generalato en septiembre de 1975.